



LA TERTULIA
DE GUERRICO

I

Hace medio siglo empezó esa larga tertulia por más de veinticinco años, reuniendo cada noche escogido número de los hombres conspicuos de nuestra sociedad, en aquella sala de los cuadros, frente a la puerta de calle (Corrientes, 537), cuadrando el primer patio, á la que, si D. Juan Carlos Gómez clasificó en *El Nacional* «Club de los pelucones,» con más verdad pudo llamarse antesala del progreso.

Desde la caída del tirano, apenas hubo iniciación significando adelanto alguno, que no fuera apoyada ó propagada por esos buenos viejos, tan patriotas, tan honrados, tan desinteresados. Todos duermen ya el sueño eterno, excepto alguno que otro de los concurrentes accidentales, segundas partes ó jóvenes de la casa. En política empezaron allí: la oposición que impidiera al vencedor de Caseros subrogara al vencido; las célebres sesiones de junio (1852) en defensa de los derechos de Buenos Aires hasta el día que Urquiza mandó echar á los diputados á la calle; la resistencia á ese caudillo hasta quebrar su influencia; la campaña concluída en Pavón para entrar las catorce hermanas del brazo por las anchas puertas de la nación, en vez del estrecho pasadizo por que se pretendía introducir á empujones la mayor de las hermanas, cuya corpulencia le imposibilitaba pasar; cam-

paña al tiranuelo de la vecindad, aflando entre sombras sus garras para acechar nuestro descuido, y otras muchas.

Sin ser un club político, reuniendo tantos politiqueros, todas las grandes manifestaciones tuvieron allí su resonancia. En cuanto á administración (reformas y decretos), como que acudía lo más conspicuo del país, toda innovación fué propuesta por alguno de sus concurrentes. Fué allí donde se habló por vez primera de una quisicosa ó constitución de que nunca se había oído y luego inició en *El Nacional* Vélez: municipalidades, prefecturas, codificaciones, propaganda educacionista, obras públicas, etcétera. Recordamos, no en una misma noche, pero sí en las de un mismo invierno, conferenciando en el rincón de los cuadros más ennegrecidos, cuyas figuras protestaban contra la densa nube de tabaco de todos los colores, al grave Dr. D. Valentín Alsina proponiendo su Código rural, en discusión con Otamendi, Miguens, D. Martín Campos, Elía, Ramos, Iraola, Olivera, Terreros, Juan Bautista Peña, Atucha, Anchorena, Pereira y los más ricos hacendados; mientras por otro se encrespaban las narices del Dr. Acevedo, argumentando con Lanús, Lezica, Lezama, Llavallol, Martínez de Hoz, Chas, Ocampo, detalles sobre al Código de comercio, y más allá el sabio doctor Vélez proponía innovaciones en su obra monumental (Código civil) ante areópago tan ilustrado como el de los doctores Carreras, Pico, Carrasco, Barros Pazos, Esteves Saguí, Domínguez, Elizalde, Tejedor, llegando en otro ángulo á discutirse el reglamento de fronteras por el general Paz, Zapiola, Escalada, y Barros, Conesa, Mitre, Ortega, Pacheco.

Ninguno de los personajes al óleo, protestando de humareda que si no les asfixiaba les ennegrecía, oyendo comentar en altas voces contradictorias la novedad del día ó de la noche, en sus altas horas, desprendiéndose de sus marcos, salieron á respirar menos cálida atmósfera de patriotismo y de habanos; como al presente en ese mismo amplio *hall* tanta belleza desnuda parece desear refugiarse en ángulo más abrigado de galería interior.

Con las últimas adquisiciones seleccionadas por el buen gusto artístico del Sr. D. José Prudencio Guerrico, es la suya hoy la primera galería de pintura en el país. Ya así lo auguraron desde tiempo atrás Pellegrini, Mauvasin, Fiorini, Manzoni, Verrazzi, De Martino, Madrazo y cuantos artistas llegaron en su visita obligada. Ante su progresivo crecimiento, fué la misma opinión de aficionados tan competentes como D. Leonardo Pereyra, D. Benjamín Villegas y el Sr. D. Adrián Rossi, que tuvo la patriótica iniciativa de donar sus valiosos cuadros para fundar el Museo Nacional de Pintura.

II

Otra noche entraba el ingeniero Pellegrini llevando los planos del teatro de Colón (luego tan dignamente inaugurado por el famoso tenor Tamberlick, el primero del mundo en aquel año, 1857), que ofrecía con hierro y cinc elevarlo á las nubes, y su colaborador, el poeta gauchi-político coronel Ascasubi agregar de veleta en lo más alto un gallo, si otro gallo le cantara. Un día el coronel de ingenieros Camilo Duteill proponía abrir un agujerito á cada estanciero, para suprimir la seca con pozo artesiano, ó semisurgente, en cada estancia. Antes, D. Fabián Gómez proyectaba su ferrocarril hasta Valparaíso, que después de cincuenta años no llega, al que seguían el Sr. Estrada buscando apoyo para establecer el gas primitivo; D. Juan Bautista Peña, aduana barriguda avanzando amplio abdomen al río; el constructor del muelle ó el Sr. D. Felipe Llavallol, que inició los primeros tramos de ferrocarril á la Floresta. Tan desgraciados trasterazos se produjeron en éstos, que por diez noches viéronse desocupados los asientos de Gowland, Larrudé, Van Praet, Francisco Moreno, Miró, Balbín, Rams y Rubert, sin que ninguno llegara á contar el cuento, pues no tenían con qué sentarse.

En fin: puentes, caminos, aguas corrientes, telégrafos, compañías de navegación, fundición Carulla, tranvías, paseos, primera exposición en Palermo bajo la dirección del activo Sr. Posadas, innumerable sería la lista de obras buenas proyectadas, que no quedaron en proyecto de estos buenos hombres.

Y el genio lleno de iniciativa del dueño de casa, que sin ser literato, ni artista, ni sabio, ni empresario, atraía, congregaba y engarzaba con los eslabones de oro de su buena voluntad piedras preciosas del vasto círculo de sus amigos, centro y protección de muchos. Al calor de su franca amistad todo hielo se derretía, y su generosidad y los consejos de su experiencia alentaban rezagados.

Observando alguno en su antigua galería tal ó cual cuadro, nota disonante entre obras originales, contestaba con su inalterable bonhomía el señor Guerrico:

—Puede que esté mal colocado, pero él me recuerda haber acudido á tiempo de consolar en su aflicción un pobre padre sin pan.....

En otra ocasión, era el Sr. Halbach, prusiano de origen y argentino de corazón, representante consular de Alemania y progresista á todas horas, que salía de la primera casa enlosada con mármoles blancos y negros

(que después regaló el pueblo á su primer prócer actual), entrando de paso para el molino á vapor por él introducido, á convencer la conveniencia de cerrar los campos con alambrados, como lo ensayaba en su estancia «Los Remedios.» Recién vino á saber cada estanciero que las que pisaban dentro de su propiedad eran suyas, y no haciendas vecinas. Tras éste, el benefactor de San Fernando D. Juan Madero, abuelo del Puerto de su nombre, para cuyo alumbramiento propiciaba padrinos, laboriosísimo parto cuya gestación duró veinticinco años, después de otros veinticinco del abortado puerto Rivadavia. Otros tantos duró la discusión todas las noches de cuanto nuevo progreso se realizaba dentro y fuera de esta ciudad, en diálogos tan interesantes y llenos de sinceridad, en que se controvertían opiniones con el único deseo del mejor acierto.

A ello contribuía la buena voluntad y el grano de arena que aportaban ilustres extranjeros como el general Páez, Sárraga, Santacruz, Pacheco Obes, y sabios ú hombres de letras como Burmeister, Bravat, Martín de Moussy, D. Florentino González, Juan Bautista Cúneo, Frers, Drable, Mr. Lelong, Eastman, Diego Thompson, recordando, á más de los nombrados, á los

señores Quesada, Acosta, los doctores Pastor y Antonio Obligado, Eguía, Agote, Frías, Mármol, César Díaz, coronel Lezica, Cantilo, Varela, Martín Piñero, Barros, D. Gregorio Guerrico, Güiraldez, D. Lorenzo y D. José Gómez, Aguirre, Lynch, Ocampo, Castellanos, Saavedra, Castro, D. Basilio Salas, Llambí, Riglos, Porcel de Peralta, Lalama, Calzadilla, Lozano, Molino Torres, Pondal, Alzaga, Haedo, Ibáñez, Anchorena, Olivera, Marín, Ortiz Basualdo, Portela, D. Juan Fernández, Ventura Bosch, Teodoro Alvarez, Muñiz, Montes de Oca, Trelles, Pereira, Iraola, Albarracín, Rossi y doscientos otros de lo más importante y distinguido de nuestra sociedad.



Santacruz

El general Santacruz

Hoy que nuestra sociabilidad algo reacia, un tantico egoísta, se limita casi en sus manifestaciones á un saludo en Palermo, otro de retorno en el corso, calle Florida, cuando más cinco minutos de homeopática visita durante el entreacto, y allá, por muerte de un obispo algún recibo, todo estiramiento en que todo es grande: salones, ostentación, lujo, *toilette*, alhajas, orquesta, buffet, ornamentación y también tiesura, vanidad, descortesía, todo grande, menos la sinceridad; se echan de menos esas sencillas tertulias de amigos, de amigos de verdad, en que la afición parecía de mejor quilate, y mayor benevolencia y tolerancia.

III

Extraño parecerá cómo en tan encontradas opiniones de contertulianos duró por tantos años la tertulia de Guerrico. Pero es que este buen señor, sin ser un genio, tenía un buen genio que á su alrededor atrajo y conservó con tacto sin igual, en un ambiente de franca hospitalidad, hombres de diversos matices políticos, extranjeros de nacionalidades y pretensiones distintas, que lejos de entrechocarse, él sabía armonizar por su exquisita benevolencia.

Asociado de Rozas, en negocios de campo del tirano, antes de ser tirano, su adhesión, desde el momento que empezó á galopar por el camino del despotismo, se enfrió.

El 5 de octubre de 1820, en que D. Juan Manuel retirábase á casa de su madre, pretextando un dolor de muelas y envió su regimiento al general Rodríguez, Guerrico, ayudante de éste, caía bajo su caballo muerto en la esquina de Plomer.

Años después de su alejamiento en Europa, donde llegó á tiempo de acompañar al general San Martín en sus últimos años, al solicitar licencia del ministerio de Hacienda para sacar de Aduana cien cuadros, esculturas, monetario que Trelles catalogó como el mejor y obras de arte que adornaron las salas de sus contertulianos, contestó malhumorado el déspota de Palermo:

—¡Eh! ¿Ya viene éste con modas de gringos? ¿Para qué sirven todos esos paisajes y retratos? Yo sólo conservo el de mi Encarnación, hecho por el sordo García, y pincel más fino no ha de tener Guerrico en todo lo que trae.

Poco después de la caída del tirano, pudo exhibir su magnífica galería, que á haber éste descubierto tanto verde, azul y ninguna divisa colorada en retratos de Napoleón, Carlos V ó Felipe II, hubiera condenado sin remisión al fuego.

Como jefe de policía, vióse obligado en cierta ocasión á citar á su despacho á un antiguo juez federal, á quien se devolvía un escrito por desacato: como el cartulario observara que si bien transmitía el apercibimiento, el decreto ordenaba romperlo en su presencia, el cultísimo Sr. Guerrico, rasgó un pequeño extremo, contestando con ironía: «Puede dar fe, señor escribano.»

Contemporánea á la tertulia de Guerrico, la del Sr. D. Leonardo Peyreya, en la calle de Victoria, y después de las recordadas antiguamente en lo de Riglos, Escalada y Mandeville, ninguna otra ha durado tanto, ni al extinguirse, otra alguna semejante ha sucedido. El cosmopolitismo que invade nuestra sociedad, ricos improvisados, sin otros antecedentes que habilidad para enriquecerse de cualquier modo, *parvenus*, ilustres desconocidos por todas partes, intelectualidades negativas por un lado, y el periódico que á todas partes lleva la novedad del día, que servíase de sobremesa por el más hábil improvisador de novedades; la política que todo lo invade, lo divide y lo absorbe; el club que todo lo atrae alrededor de la mesa de juego; el café, el billar, son otros tantos elementos disolventes que alejan la sociabilidad de otros tiempos, haciendo extrañar la inolvidable tertulia en la de Guerrico.



Manuel J. de Guerrico

Dos semejantes á las que acabamos de citar únicamente hemos encontrado á nuestro paso: el salón de madama Buchental en Madrid, que se abría al terminar el teatro, y el de la nunca bastante ponderada señora Emilia Herrera de Toro, protectora de argentinos en Chile, á la que rodeada de amigos y descendientes de todos los matices políticos, se le oía con frecuencia:

—Mañana regresa el sabio Moreno; es preciso vayan á recibirle todos los que me quieren. La fracción balmacedista ha triunfado ayer en el Congreso; ya que tu marido es balmacedista—decía á otra de sus hijas,—que se empeñe hacer triunfar la candidatura de Fulano para ministro en la Argentina, y tendrá ocasión de comprobar no ser cierto el dicho de mi ex yerno: «En cada argentino debe Chile ver un enemigo.» Los errazuristas han vencido en las elecciones; tú que lo sós, hijo mío, haz nombrar agregado de la legación en Berlín á Fulanito, para que pueda al mismo tiempo perfeccionar sus estudios médicos.

Si el Sr. Guerrico no ejercía la vara mágica de la amistad en sus ex-

tensísimas relaciones para nombramientos semejantes, sí dió apoyo en su tertulia á toda buena obra que en veinticinco años se iniciara en esta ciudad.

Sus hijos continúan llevando bien en alto el espíritu de la más culta y elegante sociabilidad.



¡SE LOS ROBÓ

Á LA MUERTE!

I

Años ha, uno de nuestros periodistas, viajero y diplomático posteriormente, al dejar el Pabellón de los Argentinos en Chile, confortable *cottage* revestido de enredaderas en medio del bosque secular, despediase de la noble castellana de ese fundo patriarcal «El Aguila,» con estas palabras:

—Señora: como argentino no debo ocultar á usted que me dirijo al campo enemigo de los chilenos. Deberes de antigua amistad me lo imponen, y ya que llevo tantos motivos de agradecimiento de la hospitalidad chilena, y sobre todo de este fundo tan querido de mis paisanos, quiero deber á usted algo más. Sé que viene á usted de antiguo abolengo ser una de las más entusiastas patriotas; pero antes de ser chilena es cristiana, y buena cristiana, como lo acreditan sus devociones en aquella capillita al confín del corredor; y sobre todo de generoso corazón, como abonan sus nobles sentimientos de buena madre cristiana. A más de su larga parentela, cuenta usted numerosos amigos en el ejército. Ruego á usted recomiende á todos los suyos que si llega á caer herido ó prisionero mi amigo R. S., lo atiendan en cuanto puedan, consecuentes con aquello que nunca debe olvidar el soldado chileno, descendiente de los que aleccionara San Martín en severos principios: «Todo herido ó prisionero es sagrado.»